

Enrique CÁRDENAS, José Antonio OCAMPO y Rosemary THORP, comps.
La era de las exportaciones latinoamericanas. De fines del siglo XIX a principios del XX
 México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 471 pp.

América Latina es una región cuya unidad, tanto en términos espaciales como temporales, es poco obvia. La heterogeneidad social, política y económica complica las generalizaciones regionales que, sin embargo, muchas veces resultan plausibles. El principal mérito del libro de Cárdenas, Ocampo y Thorp es, precisamente, mostrar una serie de rasgos comunes entre las diferentes experiencias latinoamericanas de desarrollo económico, que permiten definir una “era” para el subcontinente completo.

El libro consta de nueve capítulos en los que se pretende dar una visión general sobre los efectos de la “era de las exportaciones” en trece países latinoamericanos, todos ellos escritos por especialistas del país o región en cuestión. Algunos se concentran más en las cuestiones sectoriales, y otros ponen un énfasis particular en los problemas de la economía política en torno al modelo de crecimiento hacia fuera. Entre ellos, destaca el brillante artículo de Alan Knight sobre México, la mejor explicación sobre la relación entre crecimiento exportador y desarrollo político contenida en este libro.

La historia general es sencilla y bien conocida: el aumento de la demanda de bienes no industriales en los países desarrollados permite un incremento generalizado de las exportaciones latinoamericanas. Las exportaciones se convierten en el sector más dinámico de la economía, lo que tiene una serie de consecuencias económicas, políticas y sociales que varían de país en país, de acuerdo con condiciones institucionales, históricas e, incluso, étnicas o culturales. La crisis mundial de 1929 corta de un tajo esta trayectoria de desarrollo, obligando a los países a volcar sus esperanzas de crecimiento sobre el mercado interno.

Durante ese período, las economías latinoamericanas muestran una serie de elementos comunes que pueden encontrarse a lo largo de todos los capítulos del libro. Entre éstos saltan a la vista la poca diversificación de las exportaciones, el impulso de una industrialización incipiente y la debilidad de los Estados nacionales. La aportación de la obra sobre estos temas se detalla a continuación.

La escasa diversificación es una de las principales explicaciones a la fragilidad del esquema de crecimiento hacia fuera. Como se puede ver en los diferentes estudios, la era de las exportaciones latinoamericanas se traduce en la era del café, del estaño o del azúcar, dependiendo del país en cuestión. Perú parece ser la excepción a este patrón de poca diversificación de la canasta exportadora; sin embargo, en realidad su caso confirma la regla, como se puede apreciar en el capítulo de Paulo Drinot. Aunque dentro de la unidad política que conocemos como Perú se producen varios productos exitosos en los mercados internacionales (azúcar, algodón, lana,

plata, cobre, caucho), no se trata, pese a la diversificación, de sectores integrados entre sí que pudiesen compartir recursos o transferirlos de aquéllos coyunturalmente deprimidos a otros con mejores perspectivas. En realidad, se trata de una serie de pequeñas economías regionales dependientes, cada una, de un único producto de exportación. Si bien, evidentemente, la situación es mejor para los ingresos del Estado que en otras latitudes donde un solo producto de exportación tiene que cargar con las necesidades fiscales del país entero, como puede observarse en el capítulo de Marcelo de Paiva Abreu y Alfonso Bevilaqua sobre la experiencia brasileña.

Otro asunto destacable que surge de la lectura del libro es que la experiencia exportadora latinoamericana de finales del siglo XIX y principios del XX muestra que la supuesta dicotomía entre crecimiento hacia fuera y crecimiento hacia adentro no ha sido una constante histórica. En varios de los casos tratados se aprecia que el sector exportador puede convertirse en impulsor de industrializaciones incipientes, como en el de México que estudia Knight (p. 180), y también de infraestructuras, desarrollo educativo o demanda agrícola, como en los de Chile y Bolivia (Palma, pp. 316-354; Contreras, p. 261). Si bien ese impulso suele resultar limitado, lo interesante sería saber qué es lo que la hace no sostenible esta relación de convivencia entre los dos modelos en que algunos dividen por completo la historia económica latinoamericana. Lo importante aquí es resaltar que, al menos en algún momento, el crecimiento hacia fuera y la industrialización interna no son mecanismos contradictorios sino, incluso, complementarios, y que existen numerosos vínculos indirectos entre ambos cuyo efecto suele ignorarse en los estudios que proclaman la división dicotómica entre crecimiento hacia fuera y crecimiento hacia adentro.

Finalmente, entre los elementos comunes que se pueden rastrear a lo largo de las trece experiencias nacionales discutidas en el libro, destaca la presencia generalizada de Estados pequeños y débiles, sin capacidad de moldear el efecto de los mercados internacionales sobre sus economías y sus sociedades. Cuando realmente logran participar del fenómeno de manera importante es alineando sus prioridades con las del sector exportador. No tratan de dar algún cauce a la ola exportadora, simplemente tratan de subirse a su cresta.

Si bien el libro explicita el hecho de que son fuerzas exógenas las que permiten el surgimiento de estos rasgos homogeneizadores en una región tan heterogénea, esta idea se va perdiendo conforme se avanza en la lectura de los casos particulares. Y al no hacer hincapié en que la “era de las exportaciones latinoamericanas” es producto de un impulso externo que provoca respuestas con rasgos semejantes a lo largo del subcontinente, se corre el riesgo de pensar en América Latina como en una región homogénea, integrada por países que están condenados a compartir irremediablemente las mismas “eras”. Ésta me parece la mayor debilidad del libro: ninguna “era latinoamericana” es obvia, ni fue irremediable. Sin los incentivos y desincentivos externos que enfrenta América Latina sería muy difícil encontrar patrones

comunes entre las economías que integran el subcontinente. Además, esta aparente tendencia regional se vuelve superflua cuando se observa la heterogeneidad de los efectos que causó, dependiendo de las condiciones, sobre todo en el ámbito político y social, de cada uno de los países en cuestión. Este es un asunto que salta a la vista durante la lectura del libro, y que, probablemente, merecía un capítulo de conclusiones o, al menos, un mayor énfasis en la nota introductoria.

Otra debilidad de la obra reseñada es que la mayoría de los capítulos terminan siendo descripciones sectoriales que descuidan los vínculos de la estrategia de desarrollo con el desarrollo social y político de cada país, que es, precisamente, donde la heterogeneidad latinoamericana vuelve a aflorar.

Pero una de las cosas más valiosas que los estudiosos de la región pueden encontrar en él son algunas de las preguntas que se hacen los autores. Para Pérez Brignoli, en su muy interesante análisis de la experiencia centroamericana, una de las preguntas más importantes a responder es si se obtuvo el mejor partido posible de la economía de exportación. Esta pregunta que el autor se hace para el caso centroamericano sigue sin responderse para toda la región, principalmente porque es preciso comparar con otros casos que permitan contrastar la experiencia latinoamericana en general, de la misma forma que Pérez Brignoli utiliza la peculiar experiencia costarricense para responder esta pregunta en el contexto centroamericano. De ahí la importancia de estudios comparativos con experiencias regionales similares, como el sudeste asiático o la Europa del sur después de la II Guerra Mundial, para lograr un mejor entendimiento de esta “era” latinoamericana.

Una cosa queda muy clara respecto a la “era de las exportaciones latinoamericanas”: independientemente del tamaño, de la localización, de si en el sector exportador predominaba la propiedad privada o la estatal, la nacional o la extranjera, de si el país en cuestión funcionaba como tomador de precios o como monopolista en el mercado internacional, la experiencia exportadora latinoamericana de principios del siglo XX no logró transformarse en crecimiento autosostenido. Y esto, nuevamente, le da sentido a la generalización de que parte el libro: si bien las razones por las que el crecimiento exportador no se transformó en crecimiento sostenido varían de país a país, el fracaso generalizado del esquema de crecimiento otorga sentido al concepto de “era latinoamericana”.

El libro resulta sobre todo muy adecuado para aquellos estudiosos interesados en las comparaciones internas en el seno de América Latina y puede ser útil para el estudio de tendencias históricas regionales. Algunos de los capítulos, además, sirven como lecturas para cursos sobre el país que analizan.

Sergio Silva Castañeda
Harvard University